

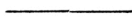
SECCIÓN DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.



Inaugurada el 30 de Enero de 1886, con el siguiente

PROGRAMA.

- 1.—**Apertura de la Sesión** por el Presidente del Ateneo, *Sr. Eugenio Larrabure y Unánue.*
- 2.—**Danzas Húngaras**, para piano, á cuatro manos J. BRAHMS.
por las *Srtas. Julia y Trinidad Arancivia.*
- 3.—**Discurso inaugural** por el Presidente de la Sección de Literatura y Bellas Artes, *Sr. Ricardo Rossel.*
- 4.—**T'amo**, romanza para canto. J. ANGELO.
por el *Sr. Luis Masferrer.*
- 5.—**Scène de Ballet**, fantasía para violín. . . BÉRIOT.
por el *Sr. O. Carreño Deheza.*
- 6.—**Conferencia literaria**, por el *Sr. Manuel G. Prada.*
- 7.—**La Naiade**, fantasía para piano J. B. LISRERG.
por la *Sra. Ursula D. de Ingunza.*
- 8.—**La Cautiva**, composición poética por el *Sr. V. Mantilla.*
- 9.—**Dimmi perché in quest'eremo**, dúo de la ópera «Simón Boccanegra» J. VERDI.
por la *Sra. Rosa M. de Ayarza y el Sr. Aureliano García.*



COOFERENCIA DEL SR. PRADA.

I.

Señoras y Señores:

Los hombres de genio son cordilleras: con sus deshielos de Verano producen hilos de agua destinados á convertirse en lagos que retratan la cúpula de los cielos ó en ríos que hacen retroceder las olas del océano. Tal cual riachuelo desbordado forma lagunas y charcas en que chapotean ranacuajos y sapos: éstos sapos y ranacuajos son los malos imitadores.

Cuánta epopeya no han originado la Iliada y la Eneida! ¡Cuánto drama las tragedias de Sófocles y Eurípides! ¡Cuánta canción las odas de Píndaro y Horacio! ¡Cuánta égloga las pastorales de Teócrito y Virgilio! ¡Todo lo grande, todo lo bueno, todo lo bello ha sido empequeñecido, maleado y afeado por los imitadores insipientes! Siglos de siglos ha persistido la manía de componer variaciones sobre el tema greco-latino. ¡Cómo si la marcha del ingenio entregado á sus naturales inclinaciones pudiera igualarse con el dudoso tanteo y trabado caminar del hombre que á cada paso tropieza con un estorbo y se enreda en sus mismos piés! La imitación, medio para adiestrarse en el Arte, no es el Arte mismo ni su primordial objeto. Imitar es agitarse dentro un ferro-carril en marcha: uno se imagina realizar mucho, y no hace más que seguir el impulso del motor.

En Literatura, como en todo lo bueno y lo malo, el Perú ha vivido de la imitación. Hemos imitado á Quintana, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Trueba, y seguimos la serie de imitaciones imitando á Heine y Bécquer. Esto en verso, pues, en prosa imitamos á Catalina y Selgas. Como Bécquer y Selgas han escrito, el uno composiciones poéticas de cortísimo aliento, y el otro artículos no muy largos en frases diminutas y en tanto

bíblicas, va cundiendo en el Perú el gusto por el artículo erizado de antítesis, concetti y calembourgs, y pronunciándose la afición á las llamadas *rimas* de dos cuartetas asonantadas, quiere decir, entramos en plena Literatura frívola.

II.

Una de las principales corrientes de Literatura frívola es Severo Catalina en *La Mujer*. Poesía este escritor sensibilidad exquisita, más que mediano talento y no vulgar instrucción. Su libro, diametralmente opuesto á la *Fisiología del Matrimonio* por Balzac, no encierra el meollo de la *Educación de las Madres* por Aimé-Martin, ni tiene la elevación de miras que los dos volúmenes de Michelet, *El Amor y La Mujer*. A más ensalza tanto el sexo femenino y despide un olor tan pronunciado de ascetismo que parece escrito con polvos color de rosa disueltos en agua bendita. Semejante obra entretiene á los 18 años, hace sonreír á los 25 é infunde ~~de~~ sueño á los ~~de~~ 30. No puede tomarse á lo serio, sino como el ditirambo de un seminarista que no ha perdido la gracia virginal. En fin, ahí reina el periodo corto, la frase asmática de Saavedra Fajardo en *Las Empresas*, y de Quevedo en la *Vida de Marco Bruto* y otras obras compuestas por el Señor de la Torre c'e Juan Abad en horas menguadas: algo se trasluce también de las *Palabras de un Creyente*, despojadas, por supuesto de la índole irreligiosa y demagógica. *La Mujer* de Severo Catalina, tuvo su correctivo en un chispeante libro de Adolfo Llanos. En la *Contestación á Renán*, *La Verdad del Progreso*, *Roma*, etc., Catalina deja el periodo corto, para incurrir á veces en el opuesto vicio, el periodo inacabable y lánguido de Cervantes en *Persiles y Segismunda* y de Mateo Alemán en *Guzmán de Alfarache*. En ideas, Catalina permaneció el mismo: caminó encorvándose bajo el yugo, sin ascender jamás á las cumbres en que principia el alma por sentir las tempestades de la duda y concluye por respirar el aura tranquilizadora de la Razón. Sus obras todas, insuficientes para convencer al que niega ó afianzar al que duda, no inspiran repulsión, á pesar de la índole que manifiestan, porque descubren al creyente sincero y al hombre de corazón leal; todas comunican la melancolía de los autores destinados á morir jóvenes.

A Catalina siguió José Selgas. Olvidando la poesía, de que tan buenas muestras había dado en *La Primavera* y *El Estto* se lanzó con alma y vida en el campo de la prosa. Con erudición superficial y de segunda mano, con citas copiadas de

controversistas franceses, emprende Selgas una cruzada contra ciencia y civilización modernas. Se manifiesta agresivo, cáustico, mordaz, sangriento, y, como todo hombre fácil en atacar, no sabe defenderse ni resistir cuando se ve acometido. Sirviéndose de armas cuyo manejo no conoce con destreza, trata de herir, y deja todo el cuerpo á merced del enemigo. Aunque algunas veces aturda, jamás derriba, porque sus argumentos recuerdan los ruidosos pero inofensivos golpes con una vejiga llena de aire. Estrechado mucho, se escurre como Voltaire, disparando un chiste. Prescindiendo aquí de las ideas trasnochadas y recalitrantes, sería injusto negar á Selgas un ingenio móvil, sutil y penetrante: es acaso el hombre más paradójal de España. No obstante, queriendo rayar por agudo, peca más de una vez por incomprendible. Como abusa de la antífrasis, no sabemos algunas ocasiones si habla con seriedad ó burla. En él no hay sucesión lógica de juicios, sino agrupamiento de ideas por lo general inconexas. Puede tijeretearse por acápites cualquier escrito de Selgas, introducirse en una bola de loterías, sacarse y leerse, con probabilidad de obtener un artículo. No posee la concentración, el mucho en poco; y lejos de arrojar centigramos de oro en polvo, descarga lluvias de arena. Selgas es un Castelar desmenuzado y teñido de carlista. En el estilo, asmático entre los asmáticos, fatiga con los retruécanos, aburre con las antítesis, desconcierta con el rebuscamiento. No se le debe llamar, como á Bossuet, un domador de frases; sino, como á Gracián, un martirizador de vocablos. Juega con palabras, como los prestidigitadores japoneses con puñales; y extrae del tintero tiradas y más tiradas de frases cortas y abigarradas, de igual modo que los embaucadores de ferias se sacan del estómago varas y más varas de cintas angostas y multicolores. A más de ambiguo, flaquea por amanerado, descubriendo en cada palabra al escritor ganoso de producir efecto. Quiere constatar ingenio hasta en la colocación de signos ortográficos. Imposible leerle de seguido: la lectura de Selgas parece ascension fatigosa por interminable y oscura escalera salomónica: uno espera ráfagas de luz, momentos de tomar descanso; pero descanso y luz no llegan. Nunca va en línea recta hacia el asunto, sino forman curvas y ángulos, y retorciéndose y ovillándose como ciertos animales invertidos; de modo que, cuando nos le figuramos muy lejos de nosotros, está haciendo cabriolas á nuestras espaldas. Como personaje de comedia mágica, se pierde en las nubes, y de repente asoma por un escotillón. Selgas, en fin, sube á la cuerda floja, da saltos mortales, realiza prodigios de agi-

lidad; pero, de cuando en cuando, pierde el equilibrio, ^uϑelta la vara, y cae sobre los espectadores.

Tales son, en pocas palabras, Catalina y Selgas; prosadores que nos sirven de modelo; prosadores que no pueden igualarse con Balmes ni Donoso Cortés; prosadores que no poseen la energía de un De Maistre, la facilidad de un Lacordaire, ni la dialéctica de un Gratry; prosadores sin legítima originalidad, pues se derivan de gacetilleros ó escritores noveles de Francia. Tradúzcase en francés los artículos de Catalina y Selgas (si Selgas puede traducirse,) publíqueseles en cualquier diario de París, y pasarán confundidos entre las mil y mil producciones de escritores de tercer ó cuarto orden.

III.

En Francia no produjo notable resultado la imitación del *Lied* alemán, iniciada por Nicolás Martin y otros; pero no bien Gerardo de Nerval traduce el *Entremés Lírico* y *El Mar del Norte*, y apenas Saint-René Tellandier verifica lo mismo con *El Regreso* y la *Nueva Primavera*, cuando una espesa nube de imitadores vuelve los ojos á Enrique Heine y se apodera del tesoro germánico. La traducción en prosa del *Entremés Lírico*, hecho magistral, pero incompletamente, por Nerval, fué versificada por dos poetas franceses, Alberto Mérat y León Valade. Si Francia se contaminaba con el heinismo, ¿era posible que España se preservara del contagio? Con destreza rara, Eulogio Florentino Sanz tradujo unas veinte ó veinticinco canciones de Heine (1877;) Juan Font y Guitart hizo cosa igual (1862;) y Mariano Gil Sanz publicó en el Museo Universal de Madrid una como párrafrasis del *Entremés Lírico*. (1867) *Las Joyas Prnsianas* de Manuel María Fernández y G, (1875) lo mismo que los *Poemas y Fantasías* de E. Heine, sacados á luz por José J. Herrero (1883,) no son versiones directas del alemán. Herrero y Fernández y G. trabajan sobre la prosa francesa, traducen de traducciones. Angel Rodríguez Chávez, uno de los dos Sellén y el dulcísimo poeta venezolano J. A. Pérez Bonalde han traducido también el *Estremés Lírico*. T. Llorente, en sus *Amorosas*, reúne unas 20 ó 25 poesías de Heine. El Brasil posee, desde 1874, el *Entremés Lírico*, puesto en verso por P. A. Gomes Junnior. En el Perú, Heine ha tenido por intérprete á don Ricardo Palma. Las interpretaciones del poeta peruano son dignos del poeta alemán. El fragmento de *Germania*, *En Octubre de 1849*, compite con el original; Una Mujer, Doña Clara, Rhampsenit dan ejemplo de ésa poesía obje-

tiva, tan general en los pueblos del Norte de Europa, tan escasa en América y España.

Y ¿quién es Heine, quién el hombre que forma escuela en Alemania, se populariza en Francia, invade Rusia, penetra en el Japón, se hace traducir en Inglaterra y viene á ejercer en España y América, una especie de obsesión? Nadie caracteriza á Enrique Heine con más precisión que él mismo, cuando se llama: *Un ruiseñor alemán aninado en el casquete de Voltaire*. Amalgama todo el sentimiento germánico de un Schiller con toda la chispa francesa de un La Fontaine, ó más bien de un Rabelais, perteneciendo á la familia de los hombres que llevan sus facultades en completo desequilibrio, tales como Zacarías Werner, Byron y Espronceda. Aunque artista consumado, no produce con serenidad y pulso firme de pintor que ilumina cuadros, sino con dolores de mujer que alumbra un niño. Su poesía, vaso de hiel con bordes almibarados, contiene como lo declara en *Alt-Troll: Frenesi encaminado por la cordura, prudencia que desvaria, quejidos de moribundo que repentinamente se transforman en carcajadas*. Si su ironía se acerca á lo satánico, su sensibilidad se roza con lo paradisiaco; de donde se diría que piensa con el cerebro de Mefistófeles y siente con el corazón de Fausto. La mujer inspira á Heine ternuras de cariño maternal y lascivos furrores de sátiro: su amor no es, como en Lamartine, lago azul que refleja el cielo, sino río que se dirige al mar, recogiendo el agua cristalina de la montaña y el cenagoso albañal de las ciudades. La audacia de Heine parecerá increíble á quien no vive acostumbrado á la franqueza infantil de los autores alemanes; pocos habrán escrito rasgos más atrevidos ni valientes. A nadie respeta: zahiere á Schlegel, Hegel y Boerne; arremete algunas veces contra Goethe, no perdona poeta de Suabia, se ríe socanonamente de Madame Staël, moteja á Ballanche, llama á Villemain un *dómine ignorante*, á Chateaubriand un *loco lúgubre*. En nada cree, salvo perfidia y belleza de mujer amada: *Yo no creo en Diablo, infierno ni penas infernales; sólo creo en tus ojos y en tu corazón diabólico*. Prusiano, escarnece á Prusia y se mofa de la vieja Alemania. Poco después, que Andt había cantado la formación de la *patria germánica*, cuando se conservaba el recuerdo de Fichte, subiendo á la cátedra del filósofo con las armas del guerrero; tibias aún las cenizas de Koerner, muerto valerosamente en los campos de Leipzich, Heine tiene el descaro de celebrar en *Los dos Granaderos* la apoteosis de Napoleón Bonaparte, el hombre de Jena y Tisliz. Nunca hizo gala de patriota, y un solo país amó invariablemente, Francia: allí vivió gran parte de su vida, allí contrajo matri-

monio, allí exhaló el último suspiro. En una carta dirigida á su amigo Crístiam Sethe, por los años de 1822, escribía ya: *Todo lo alemán me es antipático, y tú eres alemán por desgracia. Todo lo alemán me produce efecto de ^{negativo} positivo. El idioma alemán despedaza mis orejas.* Para todas las religiones tuvo siempre la carcajada de Voltaire; y aunque sucesivamente judío, luterano y católico, no alimentó más culto que su amor á las Divinidades griegas. — Enfermo, acometido ya de la parálisis, recorre los museos de Paris, y no vuelve los ojos á las madonas de los pintores italianos, pues conmovido, vertiendo lágrimas como un pagano del siglo **IV**, cae de rodillas ante la Venus de Milo. Casi niño recitaba en la fiesta literaria de un Liceo el Buzo de Schiller, mas, de pronto, vacila, enmudece pierde los colores, se desmaya: ¿todo por qué? por que sus ojos se fijaron en los ojos azules de una hermosa joven. Tuvo la debilidad de los fuertes, ceder al prestigio de las mujeres hermosas. La originalidad del poeta prusiano estriba en el modo de sentir y pensar su forma no revela nada superior á Goethe ni á Schiller, aunque se manifiesta más conciso que Rückert, más plástico que Uhland, mas armonioso que Tieck. Mucho antes que naciera Heine; el *lied* alemán existía con frescura, sencillas y flexibilidad, y todas las formas de versificación habían sido ensayadas, sin exceptuar el exámetro usado por Klopstock en *La Mesíada* y por Voss en *Luisa*. El modelo del *lied* puede encontrarse en la misma poesía popular germánica ó en la Antología griega: muchos epigramas antológicos, señaladamente los de Meleagro Rufino, Pablo de Sliento & son verdaderos *liedes*. Sin embargo, nada sería tan inexacto como calificar á Heine de griego: es, cuando mucho, un greco-alejandrino que ha viajado por Asia, leído á Luciano y hojeado la *Antología* de Meleagro. El buen gusto helénico no abunda en Alemania; si el ingenio griego parece un ordenado parque inglés, el ingenio alemán retrata un bosque virgen de América, en que sólo se penetra á favor de brújula y machete. Heine, dotado de inspiración nómade y cosmopolita, coge sus argumentos donde los encuentra; pasa de la Biblia al Shah-Nameh, del Shah-Nameh al Ramayana, del Ramayana al Edda. Escandinavo y del Edda Escandinavo al Romancero de España, á las baladas de Escocia ó á los *fabliaux* de los troveres ó troveres franceses. Poeta y alemán, cede á la atracción de Goethe, así como ningún filósofo germánico resiste á la influencia de Kant, Heine se levanta después del autor de *Fausto*, como Schopenhauer después del autor de la *Crítica de la Razón pura*. Cuando los hombres como Kant y Goethe, golpean la tierra con sus plantas, el suelo retiembla por largos siglos; y cuan-

tos vienen después que ellos, experimentan el movimiento de trepidación. Sin embargo, Enrique Heine se dibuja como una personalidad: es un gran poeta y un triple enfermo; enfermo del corazón, por el desgraciado amor á Molly, que desde temprana edad emponzoñó su vida; enfermo del espíritu, por la duda incurable que le devoró sin descanso; enfermo del cuerpo, en fin, por la parálisis que años de años le sujetó en el lecho hasta victimarle en 1856.

Pasar de Heine á Bécquer vale ir de maestro á discípulo que funda escuela. Como Espronceda, Monroy y López García, el pintor y poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer murió en la plenitud de la vida. De justa popularidad disfruta hoy en España y América. El nivel de las inteligencias ha subido tanto que ningún escritor puede alucinar al público, que nadie se grangea celebridad literaria sin poseer indisputable mérito. Si la multitud se ofusca por un momento, asoma la crítica, y derriba el pedestal del advenedizo. Menos irónico y amargo que Heine, á veces tan melancólico y apasionado, el poeta español se diferencia del alemán por un tinte de resignación. De su viaje ideal por la tierra de Hermann y Trusnelda, regresa Bécquer con la melancolía, esa flor nacida en las nieves del Norte, y forma la unión agradable y extraña de andaluz con alemán. Atenuada, algo tibia y, por decirlo así, más resistible, viene á los españoles la inspiración de Heine, después de incidir en el alma de Bécquer. Aseguran que el poeta sevillano fué libre pensador; pero se nota en sus *rimas* un rezago de misticismo: los españoles, por incrédulos y filósofos que sean, no se desvisten por completo del hombre antiguo, conservan en el santuario del alma un altar en que á solas consagran culto á las preocupaciones religiosas de sus primeros años. Los Roberto Robert y los Pi Margall no abundan en España. Bécquer, herido en el corazón por mano de una mujer, desea curarse con un bálsamo, se cubre de vendas y aguarda en la misericordia de algo superior al hombre; al contrario de Heine, que rasga las ligaduras de su herida, vierte en élla un agua corrosiva, se goza en exacerbar su dolor y levanta los puños amenazando Tierra y Firmamento. La estudiada negligencia en el estilo, la rima generalmente asonantada, el ritmo suave, aunque un tanto descuidado, han hecho de Bécquer un versificador sui géneris. Verdad que nada nuevo intenta en el verso ni en la estrofa, después de Iriarte, Espronceda, Zorrilla la Avellanada y Sinibaldo de Mas; pero en lo antiguo ha impreso el sello de su individualidad. En ideas, parece alemán puro: comprende el espíritu germánico, mira la mujer como la miran los alemanes, y, si por el misticismo se aparte de

Heine, por el idealismo un poco exagerado se roza con los poetas de Suabia. Cuando escribe:

Es una estatua inanimada . . . pero . . .
¡Es tan hermosa!

descubre al discípulo de Heine, al amante del *Entremés Lírico*; pero cuando esclama:

Y entónces comprendí por qué se llora!
Y entónces comprendí por qué se mata!

deja traslucir al español de buena raza, al hombre que lleva en sus venas la sangre de *García del Castañar* y del *Alcalde de Zalamea*. Tiene á veces la ternura de Lamartine, y recuerda la forma escultural y pictórica de Teófilo Gautier. Oculta su arte con maestría, no poniendo en abierta contradicción poeta y hombre, por lo que en sus versos sentimos las palpitations de la carne y palpamos la presencia del espíritu. En su prosa (quién sabe superior á sus versos), Bécquer imita los *Reisebilder* ó *Cuadros de viaje* del mismo Heine; y aunque en ciertas ocasiones nos abruma con Arquitectura, como Víctor Hugo en Nuestra Señora de París, da muchas veces idea de un Juan Pablo Richter sin nebulosidades de Selva-Negra ó de un Hoffmann sin humo de pipa ni espuma de cerveza alemana. Sus *Leyendas* resisten el paralelo con Trilby de Carlos Nodier. Bohemio á la manera de Heine y Murger, Bécquer se atrae la simpatía como hombre, y posee como escritor un dón raro y envidiable, hacerse amar por sus lectores.

Heine y Bécquer aparecen, pues, como maestro y vulgarizador del germanismo en España. Vulgarizador, que no iniciador debe considerarse á Bécquer, porque antes dél se presentan con tendencias á la imitación alemana Barrantes en las *Baladas Españolas* (1853), Augusto Ferrán en *La Soledad* (1860), y Ventura Ruiz Aguilera en el *Dolor de los Dolores* (1862). Fecundo sería el influjo de la Literatura alemana sobre la Literatura española, porque Alemania, á más de haber experimentado crisis religiosas, evoluciones filosóficas y cambios políticos que España no ha sentido aún, posee un idioma rico, poético y nada escrupuloso en adopción de voces nuevas ó exóticas, tiene un caudal inapreciable de buenas traducciones, y profesa una crítica libre, tolerante y justa; no hay en Alemania la minuciosa crítica de palabras, que por muchos años ha sido toda la crítica española. Más afinidades que se piensa existen entre el genio literario alemán y el genio literario español. Acaso es más fácil traducir del alemán que del inglés y hasta del francés. Los españoles han conocido poco, y sólo por traducciones francesas,

la Literatura alemana; pero nadie, como los alemanes, conoce á Cervantes, aprecia á Calderón de la Barca ni estima el Roman-cero. ¿Qué son Herder, Schlegel, Wolf, Bokl de Faber, Bou-terweck, Schack, Geibel y Fastenrath? De poco tiempo acá se nota en España deseo vehemente de conocer la Alemania cien-tífica y literaria. Valera traduce á Schack, Fernández y Merino, *Los Nibelungos*, T. Llorente el *Fausto de Goethe*, José del Perojo á Kant y escribe los *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania*.

Los que interpretan á Heine como E. Florentino Sanz, Pé-rez Bonalde y R. Palma, traen al idioma castellano el tesoro de otras naciones; pero los que imitan y calcan á Bécquer ¿se penetran del espíritu germánico? Caminan á tientas, imi-tan y calcan por imitar y calcar: no son germanistas ó germa-nizantes, sino teutomaniacos. Sustituyen mal con mal: cambian el intímismo lagrimoso, degeneración de Espronceda y Zorri-lla, por el individualismo nebuloso, degeneración de Schiller y Heine. A más de la poesía subjetiva del *Entremés Lírico*, hay en Alemania la poesía objetiva de las baladas. ¿Porque, pues, los germanistas castellanos no aclimatan en su idioma el obje-tivismo alemán? ¿Por que no toman el elemento dramático que predomina en las baladas de Burger, Schiller, Uhland y en muchas del mismo Heine? Ya que en la poesía castellana to-do es hoy sin perspectiva, sin relieve, sin claro oscuro, sin contrapunto; ¿porqué no estudian la forma arquitectónica, es-cultural, pictórica y musical de Goethe? Sí, Goethe, á pesar de su frialdad á veces marmorea, frialdad que pudiera explicarse por el dominio del génio sobre si mismo y sobre la inspiración, tiene la avasalladora fuerza del ritmo, y parece realizar imposi-bles como una arquitectura en movimiento, como una mú-sica petrificada, como una pintura con palabras. Hay que re-petirlo, se imita sin saber la causa. De la propensión extra-vagante á remedar inconsideradamente han brotado innume-rables composiciones híbridas. Al chubasco de las doloras, á la inundación del soneto, sigue hoy la lluvia menuda, la garúa de las poesías homeopáticas, de las poesías lilliputenses, de las poesías compuestas de dos cuartetas, asonantadas. ¿Qué periódico literario de América ó España no encierra hoy ocho malos versos con el indispensable título: *Rima, Imitación de un Lied ó Bécquerismo*? ¡Qué disgusto no prueba uno en el alma, qué hastío no siente por el verso, al encontrarse con ésos abortos embrionarios ó monstruos bicéfalos, después de sa-borear el desbordamiento lírico de un Lamartine ó la exu-berancia épica de un Víctor Hugo! Si la Poesía Castellana ha

de reducirse con el tiempo á ineptias y vaciedades propinadas en dosis infinitésimales, renunciemos de una vez al verso á la Poesía y á los poetas!

IV.

Si los refranes y cantares sencillos del pueblo revelan el nacimiento de las literaturas nacionales, las composiciones alambicadas y pequeñas, ya en prosa, ya en verso, dan indicios de agotamiento y caducidad. El hombre anda con pasos cortos en la infancia ó en la vejez. La decadencia se denuncia en el gusto por las vagatelas, nó en el naturalismo de un prosador como Zola, ni en el ateísmo de un poeta como Richepin.

Hay escritos en que el periodo breve y sentencioso cuadra bien; y nadie se disgustará con las máximas de un Vauvenargues, ni con los pensamientos de un Joubert. ¿A quién no agrada el tono bíblico y la especie de paralelismo hebreo, usados por un La Mennais? Montaigne se juzgaba *incapaz de un discurso* largo, y La Fontaine se aterraba con la idea de escribir un libro; pero los *Ensayos* del primero y las *Fábulas* y los *Cuentos* del segundo hacen la delicia de cuantos conocen la Literatura francesa. No pecan de magnitud los artículos de Larra. Cortos son los epigramas de la Antología Griega; lo mismo sucede con algunas composiciones de Horacio, Catulo- y casi todas las de Marcial; con sonetos y balatas adorna Dante la *Vida Nueva*, y Petrarca, en sus *Rimas*, acopia sonetos, balatas y madrigales; poesías no muy largas han escrito en Inglaterra Burns, Tomás Moore y Tennyson; aparte de Schiller, Goethe, Uhland, Justino Kerner, Chamisso y otros, que han escrito cantares brevisimos, hay en Alemania libros compuestos de liedes pequeños, tales como *Primavera de Amor de Rückert*, *Cantos á modo del Entremés de Gëibel*, *Rosas Silvestres de Saphir*; por último, en España, Lope de Vega cuenta más de 2,000 sonetos, un madrigal redime del olvido á Gutierre de Cetina, y los epigramas popularizan el nombre de Iglesias. Pero éstas composiciones fugitivas son polvo de brillantes, fragmentos de mármol, subsisten y subsistirán. Nó así las malas rimas que imitan la manera de Bécquer; distan un paso del acróstico, charada, enigma, logogrifo, laberinto y demás productos de inteligencias soñolientas que tienen por única actividad el bostezo.

En el orden físico, lo muy pequeño escapa de los cataclismos, merced á la organización tenaz y relativamente perfecta; y, en Literatura, lo muy corto vive mucho, cuando es muy bueno. Las produccianes diminutas exigen un pensamiento original y

estilo en armonía con el asunto; la forma les da mérito: no olvidemos que sólo por la forma, el carbono es unas veces carbón y otras veces diamante. Si el pensamiento rasa con lo vulgar, si el estilo carece de plasticidad, si el lenguaje no supera lo mediocre, ¿qué nos ofrecen los escritores galo-germánicos, en su prosa asmática y en su verso microscópico? La exiguidad en la producción, ¿es economía de fuerzas ó impotencia? Las rocas producen líquen porque no pueden alimentar el cedro. Los que gozamos con la prosa y el verso de los maestros, somos capaces de alimentarnos con médula de leones; ¿por qué someternos á dieta medida, al régimen de los dispépticos? Si las naciones de Europa son los grandes paquidermos del reino intelectual, no seamos en el Perú, los microbios de la Literatura.

La improvisación pertenece á tribuna y periódico: en ambos se tolera el atropellamiento en las ideas, la escabrocidad en el estilo, y hasta la indisciplina gramatical; pero, acostumbrándonos al trabajo diminuto y precipitado, nos volvemos incapaces de producciones dignas de vivir. Lo que poco cuesta, poco dura. Las obras que admiran y deleitan á la Humanidad, han sido pensadas y escritas en horas de soledad y recogimiento, costando á sus autores el hierro de la sangre y el fósforo del cerebro.

Cierto que el mundo avanza y avanza; hay no sé qué fuerza para empujarnos á vivir con ligereza, á pasar desflorando las cosas: nuestros padres anduvieron, nosotros corremos, y nuestros hijos volarán; no obstante, disponemos de estaciones y ocios para leer una novela de *Pérez Galdós*, ó presenciar un drama de *García Gutiérrez*. Felizmente no ha sonado la hora de reducir el verso á la seguidilla, ni la prosa á los descosidos telegramas. Discernimos todavía que entre un centón de rimas pseudo-germánicas y una poesía de Quintana ó Núñez de Arce, hay la misma distancia de un médano á un bloque de mármol. Sabemos también que entre la poesía cortada, intercadente y antifonal, y la prosa de un Fray Luis de Granada, por ejemplo, no cabe similitud, pues una sucesión de párrafos sin trabazón, desligados, incoherentes, no constituye discurso, así como no forman cadena las series de anillos desabracados y puestos en fila.

No imaginéis, Señores, que se desea preconizar la prosa anémica, desmayada y heteróclita, que toma lo ficticio por natural, el énfasis por magnificencia, la obesidad por robustez; prosa de inversiones violentas, de exhumaciones arcaicas y de purismos seniles; prosa de relativos entre relativos, de accidentes modifican-

do accidentes y de periodos incommensurables y sin unidad; prosa que va modificando el idioma en Venezuela y Colombia; prosa que no tardará mucho en ejercer propaganda entre nosotros, debido á la perniciosa influencia de algunos tímidos cultivadores de la valerosa y progresiva lengua castellana. Arcaísmo implica retroceso: á escritor anticuado, pensador retrógrado. Ningún autor avejentado, por más pensamientos jóvenes que emplee, logrará nunca el favor del público, porque las ideas del Siglo ingeridas en un estilo vetusto son como esencias balsámicas inyectadas en las arterias de un muerto: preservan de la fermentación cadavérica; pero no comunican lozanía, color ni vida. Las razones que Cervantes y Garcilaso tuvieron para no hablar como Juan de Mena ó Alfonso el Sabio, nos asisten hoy con más fuerza para no escribir como los autores de los siglos XVI y XVII. El escritor ha de ser hombre que hable como todos hablamos; nó Apolo pronunciando oráculos anfibológicos ni esfinge imponiendo enigmas. La llamada *vestidura magestosa de la frase castellana* en algunos autores de España, es perifollo dominguero de lugareña con ínfulas de marquesa, es pura fraseología que choca directamente con el carácter de la época. El público se inclina hoy al escrito que nutre, en vez de sólo hartar, y prefiere la concisión y lucidez de un Condillac á la difusión y oscuridad del *estilo africano*. Quien escribe hoy y desea vivir mañana, debe pertenecer al día, á la hora, al momento en que maneja la pluma. ¿Para qué abusar del arcaísmo? Las ideas se vigorizan y retemplan en la fuente popular: de las canciones, refranes y dichos del vulgo brotan las palabras originales, las frases gráficas, las construcciones atrevidas. El trabajo de las multitudes transforma las lenguas, así como la obra de los infusorios modifica los continentes. ¿Para qué hacer gala de un inusitado y rico vocabulario? El verdadero público, el que lee por instruirse ó divertirse, tiene conocimiento mediano del idioma, ignora la significación de palabras rebuscadas en diccionarios. ¿Para qué el lujo en los modismos? El modismo confina los autores en un país, en una época determinada, é imposibilita ó dificulta mucho la traducción. Elocuente es la Música, y no cuenta más que siete notas; la Pintura habla con siete colores; Escultura y Arquitectura nos conmueven con dos líneas, recta y curva. Pascal, el filósofo más profundo, es comprendido por todo el que medianamente conoce el idioma francés. El purismo no pasa de una afectación, y como dice muy bien Balmes: *La afectación es intolerable; y la peor es la afectación de la naturalidad*. En el estilo de los modernos puristas el arte es artificio: nada se dobla con la suavidad de una articulación hu-

mana; todo rechina y tropieza, como un gozne desengrasado y oxidado. Pecan por oscuros, y donde no hay nitidez en la elocución, falta claridad en el concepto. Cuando los pensamientos están confundidos en el cerebro, como serpientes enroscadas en el interior de un frasco, las palabras chocan con las palabras, como lima contra lima. En el escritor de largo aliento, en el gran prosista, los pensamientos desfilan bajo la bóveda del cráneo, como hilera de palomas blancas bajo la cúpula de un templo, y periodos fáciles suceden á periodos naturales, como vibraciones de una gigantesca lámina de bronce sacudida por las manos de un coloso. Perder la naturalidad es perder el estilo. Comúnmente se ve á escritores seudo puristas que en una cláusula emplean todo el ^{Corrig. del} siglo XVII y en otra varían de fraseo y cometen galicismos de construcción verdaderamente indisculpables: se parecen á los mozos que se disfrazan de viejos baldados para implorar la caridad pública; pero, de vez en cuando, olvidan el papel que representan, enderezan el cuerpo, yerguen la cabeza y caminan con la agilidad y desembarazo del joven. El terreno del ameneramiento y ampulosidad es ocasionado á peligros: quien vacila como Solís, puede resbalar como el P. Paravicino y caer como Fray Gerundio de Campazas. Entre la prosa que se agita con vertiginoso revoloteo de murciélago y la que se mueve con insoportable lentitud de serpiente amodorrada, existe la prosa natural, la prosa griega, la prosa de Hurtado de Mendoza en *Lazarillo de Tormes*, de Cervantes en *Don Quijote y los Sainetes*, de Mariana en *Historia de España* y de Fray Luis de Granada en *Guía de pecadores*. Nadie habla con periodos elefantinos ó desmesurados; y Sainte-Beuve ha dicho: *Il faut écrire le plus possible comme on parle*. Meditándolo con madurez, toda buena prosa es conversación de gente culta. No hay en élla afeites, remilgamientos ni altisonancias; todo fluye y se desliza con llaneza, desenfado y soltura. Los arranques de sublimidad ofrecen modelos de sencillez; algo que parece ocurrírsele á cualquiera con sólo coger la pluma. Ni en poesía de buena ley caben atildamientos pueriles, licencias intencionadas, retóricas de estudiante, estilo revesado, ni transposiciones quebradizas: poeta que se pierde en hipérbaton forzada semeja viajero que rodea en busca de puente, porque no encuentra vado y se intimida con el río. Molière pasa con derecho por el primer poeta cómico del mundo y ¿qué es el verso de Molière? A Fray Luis de León corresponde un lugar entre los primeros líricos españoles; y ¿qué es el verso de Fray León de León? *Repito*, exclama Hermosilla, *que en los mejores versos de Garcilaso, Herrera, aunque fué más atrevido, León, los Argensolos, Rioja y demás,*

no hay arcaísmos ni licencias, ni las necesitan para ser bellísimos, como en efecto lo son. Es que hay mucha distancia de versificador á poeta: el versificador muele, tamisa y espolvorea palabras; el poeta forja ritmos como los cíclopes majaban el hierro, y arroja ideas grandiosas como los titanes fulminaban peñascos. Los grandes maestros claudican también: Víctor Hugo, Quevedo y Séneca son antitéticos; Goethe y Dante, secos y oscuros; Lamartine, pampanoso; Lope de Vega, incorrecto; Quintana hinchado; Campoamor, prosaico; pero ninguno incurre en afeminamientos: caen á veces como gladiador, nunca se desmayan como cortesano sin virilidad.

Góngora, Cienfuegos y Zorrilla, tres pecadores impenitentes de la Literatura Castellana; pero también tres verdaderos poetas, dan ejemplo de innovadores y hasta revolucionarios. Algo parecido realizan en el *Romancero* los autores semi-populares; en la novela, Cervantes; en el teatro, Lope de Vega, Calderón y Echegaray. Se diría que algunos ingenios españoles llevan en su alma la rebeldía y el calor de los vientos africanos: por eso el clacisismo de Racine y Boileau, no arraigó jamás en España. Esta Nación, incapaz del movimiento regenerador de *La Reforma* y poco adecuada á las instituciones republicanas, ha sido romántica con Lope de Vega y Calderón, antes que Francia con Madame Staël y Chateaubriand, antes que Alemania con Tieck y Schlegel. Su ley ha sido: ortodoja en Religión, heterodoja en Literatura.

Basados, pues, en ésta casi-tradición de independencia literaria, que muy bien pudiera remontarse hasta Lucano, dejemos las andaderas de la infancia, vistámonos la toga de la virilidad y busquemos en otras literaturas otros nuevos elementos y otras nuevas impulsiones. Al espíritu de naciones ultramontanas y monárquicas, prefiramos el espíritu libre y socialista del Siglo. Volvamos siempre los ojos á España, estudiemos sus obras maestras, enriquezcamos su armoniosa lengua; pero no seamos imitadores serviles, porque del Español nos separan yá el trato y comercio con los europeos, nuestra educación y costumbres afrancesadas, las influencias del clima, las condiciones etnográficas y 64 años de tempestuosa vida republicana. La madre nos olvidó por más de medio siglo, y otros ocupan el lugar que á élla correspondía. La inmigración europea en América no es río que pasa ni mar que aniega, es una atmósfera que desaloja la atmósfera española y penetra en nuestros pulmones, modificándonos física y moralmente. Hémos perdido ya el desapego á la vida, desapego tan marcado en los antiguos españoles; y vamos adquiriendo algo de la tristeza gemebunda que for-

ma un rasgo característico del indígena peruano. Las lenguas aborígenes de América nos han provisto de mil palabras nuevas y expresivas.

Hasta en la eufonía y pronunciación ¡ cuánto no hemos cambiado! Señores, el que os habla en éste momento, ¿qué sería en España? Un semi-bárbaro que pronuncia la *ll* como la *y*, confunde la *b* con la *v*, y no distingue la *s* de la *c* ni de la *z*. Cién causas actúan sobre nosotros para diferenciarnos de nuestros padres: sigamos el empuje, marchemos hacia donde el Siglo nos impele. Los hijos del Indostán fueron literatos indostánicos, los hijos de Grecia fueron literatos griegos, los hijos de América y de el siglo XIX seamos literatos americanos y del siglo XIX. Inútil resultaría la Emancipación política, si en la forma nos limitáramos al purismo exagerado, si en el pensamiento nos sometiéramos al Syllabus de Roma. Despojándonos de aquella mala tendencia que nos induce á preferir el follaje de las palabras al fruto de las ideas y el repiqueteo del consonante á la música solemne del ritmo, pensemos con la independendencia germánica, sintamos con el calor italiano, y expresemos nuestros pensamientos y nuestras pasiones en prosa como la prosa francesa, ó en verso como el verso inglés. A otros pueblos y á otras épocas, otros gobiernos, otras religiones, otras literaturas.

Acabemos ya el viaje secular por regiones de idealismo sin consistencia, y regresemos al amor de la Naturaleza, fuera de la cual no hay más que simbolismos ilusorios, fantasías mitológicas, desvanecimientos metafísicos. A fuerza de ascender á cumbres enrarecidas nos estamos volviendo vaporosos, aeriformes: ¡solidifiquémonos! Más vale ser hierro que nube.

Las Matemáticas, las Ciencias Naturales y la Industria nada tienen que envidiar á los siglos pasados; pero, artística y literariamente hablando, necesitamos que venga un soplo del antiguo mundo helénico á perfumar de ambrosía los Cielos y la Tierra, á desvanecer las místicas alucinaciones del fanatismo judaico y á rehabilitar la materia injustamente vilipendiada por las hipocrecías del espíritu.

Arrostrando cautelosamente el neologismo, el extrangerismo y el provincialismo, que rejuvenecen y enriquecen el idioma; rompiendo el monde convencional de la forma, cuando venga estrecho á las ideas; y no profesando más religión literaria que el respeto al pudor y la decencia, dejemos las encrucijadas de un sistema exclusivista, y marchemos por el ancho y luminoso camino del Arte libre. No escuchemos, como oráculo, fallos de autoridades arbitrarias, sean quiénes fueren, ni temamos atacar

errores divinizados por muchos hombres inconscientes; lo único infalible, la Ciencia, lo único inviolable, la verdad.

Los hombres que se elevan, parten de donde partieren, llegan á lo que llamaban los antiguos *Templa serena*, se encuentran en las alturas, y adquieren tolerancia y confraternidad de inteligencia. Allí impera la crítica generosa y amplia, que no proscribe las obras artísticas en nombre de Moral ó Religión, ni condena en nombre del Arte los libros religiosos ó morales. Para el hombre despreocupado, el Arte y la inspiración nopriman sobre la industria y el trabajo, producir una obra modelo enaltee lo mismo que practicar una buena acción, *la belleza es tan sagrada como la virtud*, el genio merece las glorificaciones de la santidad.

Lejos de aquí teóricos y soñadores que deseen establecer divorcio entre ciudadano y poeta ¡Cómico recurso para almacenar fuerza y ahorrar vida, mientras los buenos y sencillos se afanan, combaten y mueren por nosotros! La Literatura, considerada así, deja de ser el matrimonio con todo lo grande, para convertirse en contubernio con el egoísmo. Contra un Arquiloco y un Horacio, que arrojan el escudo y huyen del combate, protestan un Garcilaso en Frejus y un Cervantes en Lepanto. Genio de poeta, genio de acción. Ercilla escribe en la noche lo que pelea en el día; Byron envidia las victorias de Bonaparte y corre á morir en Missolonghi, Fóscolo habla del *espíritu guerrero que ruge en sus entrañas*, Espronceda combate en las barricadas de París, y Victor Hugo esclama: *Yó habría sido soldado, á no ser poeta*. Sí: el poeta legítimo, no el coplero aglomerador de consonantes, personifica el árbol arraigado en la cumbre de un monte: por las ramas, que forman la imaginación, pertenece á las nubes; por las raíces, que constituyen los afectos, se liga con el suelo.

Si los que existieron ayer trabajaron por nosotros, los que vivimos hoy estamos obligados á trabajar por los que vendrán mañana. Trabajemos, pues, Señores: paguemos la deuda al Porvenir. ¡Que nuestros poetas, en vez de pasar como interminable procesión de resucitadas plañideras que se dirigen á la danza macabra, desfilen como legiones de hombres alegres y varoniles, que llevan en su corazón el fuego de las pasiones fecundas; en su alma, el presagio de la victoria, en sus mejillas el color de la sangre, es decir el tinte del amor, de la juventud y de las rosas! ¡Que nuestros prosadores, en lugar de afeminarse ó enervarse con la prosa cortesana y enfermiza, usen la prosa leal y sana, prefiriendo al crepúsculo de las sectas el día sin nubes de la Razón, viendo más allá del círculo estrecho de familia

y patria el horizonte de la Humanidad! No aguardemos que la tormenta se disipe, que venga la paz octaviana. Esperar un Siglo de oro será por muchos años utopía en América y particularmente en el Perú. Nosotros quizá muramos en el desierto, sin divisar la tierra prometida. De todas las generaciones nacidas en el Perú somos la generación más triste, más combatida, más probada. El terremoto derriba nuestras ciudades, el mar arrasa nuestros puertos, la helada y los criptógamos destruyen nuestras cosechas, la fiebre amarilla diezma nuestras poblaciones, la invasión extranjera tala, incendia y mata, y la guerra civil termina lo que la invasión empieza. Caminábamos al Porvenir, y á nuestros ojos se abre hoy un abismo y á nuestros costados se levantan dos muros de bronce; pero ¡no desmayemos! Seamos como Gunnar, el héroe de las leyendas escandinavas, que preso, atadas las manos, coge el arpa con los piés, canta un himno valeroso y estremece la prisión de granito, mientras en su cuerpo se enroscan serpientes y se apacientan víboras.

Hay placer en conquistar con la espada; pero no falta dulzura en iluminar con la antorcha. Gloria por gloria, vale más de jar chispas de luz que regueros de sangre. Alejandro de Macedonia en las orillas de Indus, Julio César en las gradas del Capitolio, Napoleón en los campos de Austerlitz, no son más grande que Galileo meditando en un calabozo sobre el movimiento de la Tierra al rededor del Sol, que Bernardo de Palissy quemando sus muebles y su lecho para atizar un horno de esmaltar porcelana, que Homero escribiendo la Iliada, repitiendo sus fragmentos por un mendrugo de pan, y yendo á sentarse pobre, ciego y valetudinario á la sombra de un plátano de Quíto. Láminas de oro merece el guerrero que emprende conquistas, llevando la civilización encarnada en el hierro; pero ¡cuán envidiable es el destino del escritor que huye de sectas ó partidos, sigue las causas, y al fin de la vida se acusa, como Béranger, de una sola fragilidad: «*Haber sido el adulador de la desgracia.*»

En ninguna parte como en los pueblos de América conviene más enaltecer el brillo de artes y ciencias sobre el deslumbramiento de victorias militares. Los americanos vivimos entre la época secundaria y la época terciaria, es decir en el reinado de reptiles gigantescos y de mamíferos colosales. Que palabra y pluma sean lo que deben ser: lejos, adulación y mentira. La inteligencia, que es un poder estable, no tiene porque abdicar ante la fuerza bruta, que es una imposición violenta.

La Patria, que nos da el agua de sus rios y los frutos de sus campos, tiene derecho para tomarnos cuenta del empleo de

nuestros brazos y de la consagración de nuestra inteligencia. Ahora bien: ¿qué responderíamos si hubiera llegado hoy el día, la hora de la cuenta? Eliminemos el diario, que diarista no significa literato, y concretémonos á lo que particularmente se entiende por Literatura. El articulillo insustancial, plagado de antítesis, equívocos y chilindrinas; la *rima* de dos cuartetas asonantadas, sin novedad, inspiración ni acentos rítmicos; ¿es la Literatura que ofrecemos al pueblo náufrago que no ha tocado aún la orilla salvadora, al pueblo que todavía lleva en el costado la herida abierta por el enemigo extranjero? Pensarán algunos que semejante Literatura es lluvia de luciérnagas en noche tenebrosa; pero á muchos parece danza de fuegos fátuos entre losas de cementerio.

Insistamos sobre la necesidad de trabajo y estudio. Novelas, poemas y tragedias no emergen del cerebro como islas en convulsiones volcánicas. Las ideas parece que manaran del hombre como las fuentes, á borbotones y con intermitencias, ó eyaculaciones sucesivas: el buen ó mal gusto consiste en dirigir el agua por cauces de tierra ó acueductos de mármol. Bello estudio griego en la vejez y copia sus manuscritos hasta ocho veces, Balzac sucumbe estenuado por la fatiga, Rousseau se afana seis ó siete horas buscando la palabra más precisa, Diderot aprende los oficios y va de taller en taller para escribir la Enciclopedia, Miguel Angel vela noches y noches estudiando la musculatura de los cadáveres.

Baudelaire afirma que los *criollos*, *generalmente, carecen de originalidad en los trabajos literarios, no tienen fuerza de concepción ó de expresión y parecen almas femeninas creadas únicamente para contemplar y gozar*. Sin embargo de tal opinión, del clima laxante en la costa, y de nuestras incesantes convulsiones políticas, hubo en el Perú hombres dedicados á labores que demandan tiempo, diligencia y perseverancia. El público, por más que arguyan las mediocidades impotentes y descontentadizas, ha leído con avidez todo lo bueno; y los Gobiernos y Congresos tuvieron siempre á gala proteger los trabajos científicos y costear la impresión de obras literarias ó históricas. Con escasas, y talvez voluntarias exclusiones, ¿qué hombre de verdadero mérito intelectual no ha sido en el Perú profesor de Universidad, Congresante, Vista de Aduana, Ministro del Estado, Vocal, Cónsul ó Plenipotenciario? Revelan nuestras aptitudes para obras serias: Peralta, Olavide y Unánue, en sus variados escritos; Rivero, en sus *Antigüedades Peruanas y Memorias Científicas*; Mateo Paz Soldán, en su *Geografía del Perú*; Vigil, en sus eruditas, aunque indigestas disquisiciones canónicas; Pacheco, en su *De-*

recho Civil; Mendiburu en su *Diccionario Histórico y Biográfico del Perú*. El buen gusto literario es peculiar del carácter limeño. Aquí se juzga con discernimiento, se falla con acierto, á pesar de no existir ejemplos de buena crítica, á pesar de la enseñanza deficiente de Literatura y de Gramática.

Acusar á su país de ingratitud ha sido, es y será el recurso de ineptos y negligentes. Hoy el camino está llano para todos, hoy la imprenta se abre para todos: todos pueden hablar y mostrarse tales como son. Si hay sabios ocultos, que nos descubran su sabiduría; si hay literatos eminentes, que nos enseñen sus producciones; si hay políticos superiores, que nos desenvuelvan sus planes; si hay guerreros invencibles, que nos manifiesten su táctica y estrategia; si hay industriales útiles, que nos patenticen sus descubrimientos ó aplicaciones. En el gran certamen del Siglo, el que no alza la voz es porque nada tiene que decir. Dudemos de los genios mudos, de las modestias sobrehumanas. No hablen de obstáculos insuperables: el hombre de talento sólido, así como el César de buena raza, atraviesa el Rubicón, domina en Roma. El reinado de la inteligencia se afirma en el mundo: cuando un hombre de genio se levanta, la muchedumbre cede el paso, la envidia se aparta, la Nación bate plmas, y el genio sube al lugar que le corresponde, dejando en las capas inferiores á la aristocracia de la sangre y á la aristocracia del dinero.

Concluyo, Señores. Mantenía el Jefe de la Escuela Sansimoniana un mayordomo encargado particularmente de llegar á su lecho todas las mañanas para decirle: *Despertad, Señor Conde, porque tenéis muy muy grandes cosas que hacer*. Ojalá todas nuestras Sociedades Científicas, Literarias y Artísticas, señaladamente el «Ateneo de Lima,» se coligasen para decir al Perú, á todas horas y en todos los tonos: Despierta, sal de esa horrorosa pesadilla de sangre, porque el Siglo avanza con pasos gigantes, y tienes mucho camino que recorrer, y mucha herida que restañar, y mucha ruina que reconstruir!
